

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

Jean M.
AUUEL



La tierra
de las cuevas
pintadas

MAEVA
RED

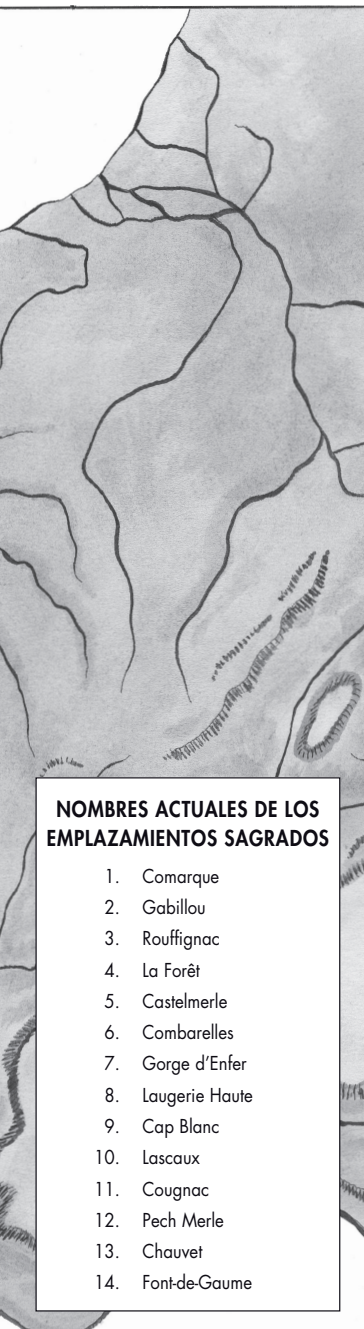
Para Raeann,
*la primera nacida, la última mencionada,
siempre amada,*

y para Frank,
que permanece a su lado,

y para Amelia y Bret, Alecia y Emory,
*unos jóvenes excelentes,
con amor.*

**TERRITORIO
ZELANDONII**





EMPLAZAMIENTOS SAGRADOS

1. Roca de la Cabeza de Caballo: Séptima Caverna de los zelandonii.
2. Nueva pequeña cueva en Vista del Sol: Vigésimo sexta Caverna de los zelandonii.
3. Cueva de los Mamuts.
4. Cueva del Bosque: Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna.
5. Quinta Caverna de los zelandonii.
6. Sitio de las Mujeres.
7. Pequeño Valle: Decimocuarta Caverna de los zelandonii.
8. Novena Caverna de los zelandonii.
9. Corazón de Caballo.
10. Gruta Blanca.
11. Emplazamiento Sagrado de la Cuarta Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur.
12. Emplazamiento Sagrado de la Séptima Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur.
13. Emplazamiento Sagrado Más Antiguo de la Gran Madre Tierra.
14. Profundidad de las Rocas de la Fuente.

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

LA EUROPA PREHISTÓRICA DURANTE LA ERA GLACIAL

Extensión del hielo y cambios en el perfil costero durante el interestadio, un período templado en la glaciación de Wurm, a finales del Pleistoceno, que se prolongó durante 10000 años, entre 35000 y 25000 años antes del presente.

NOMBRES ACTUALES DE LOS EMPLAZAMIENTOS SAGRADOS

1. Comarque
2. Gabillou
3. Rouffignac
4. La Forêt
5. Castelmerle
6. Combarelles
7. Gorge d'Enfer
8. Laugerie Haute
9. Cap Blanc
10. Lascaux
11. Cougnac
12. Pech Merle
13. Chauvet
14. Font-de-Gaume





1

El grupo de viajeros avanzaba por la senda paralela al Río de la Hierba, entre sus aguas cristalinas y chispeantes y la pared de caliza blanca veteada de negro que se alzaba en la orilla derecha. En fila de a uno, doblaban el recodo donde la pared rocosa sobresalía y se acercaba al cauce. Más adelante, un camino menor se desviaba hacia el vado, donde la corriente, más ancha y menos profunda, espumeaba en torno a las piedras que asomaban a la superficie.

Antes de llegar a la bifurcación, una joven situada casi en la cabeza del grupo se paró de pronto y, totalmente inmóvil, fijó la mirada al frente con los ojos muy abiertos. Señaló con la barbilla, reacia a moverse.

—¡Mirad! ¡Allí! —anunció con un susurro sibilante y el miedo reflejado en su voz—. ¡Leones!

Joharran, el jefe, levantó el brazo para dar el alto. Todos vieron a varios leones cavernarios de color pardo rojizo que se deslizaban entre la hierba, poco más allá del desvío. La hierba era un camuflaje tan eficaz que, aunque hubieran estado mucho más cerca, no habrían advertido la presencia de aquellas fieras de no ser por la aguda vista de Thefona. La muchacha de la Tercera Caverna tenía una vista excepcional. Aún era muy joven, pero destacaba por su capacidad para ver a lo lejos y a la perfección. Este don innato se había manifestado a corta edad, y se inició su adiestramiento a una edad muy temprana; ahora era la mejor vigía.

Casi en la cola del grupo, justo delante de los tres caballos, Ayla y Jondalar alzaron la mirada para ver por qué se habían detenido.

—¿Por qué habremos parado? —se preguntó Jondalar, arrugando la frente con su habitual ceño de preocupación.

Ayla observó con atención al jefe y a quienes se hallaban alrededor, mientras por instinto protegía con la mano el bulto cálido

que llevaba amarrado al pecho en una manta de piel suave. Jonayla acababa de mamar y dormía, pero se movió un poco al tocarla su madre.

La mujer poseía una extraña habilidad para interpretar el significado del lenguaje corporal, adquirida de joven cuando vivía con el clan. Sabía que Joharran se había alarmado y que Thefona estaba asustada. También tenía una vista extraordinaria. Además, era capaz de percibir sonidos por encima de los umbrales auditivos normales, así como los tonos graves más bajos de la escala. Su sentido del olfato y el gusto eran también muy finos, pero nunca se había comparado con nadie y no era consciente de esa capacidad de percepción fuera de lo común. Había nacido con unos sentidos de una agudeza extrema, lo que sin duda la había ayudado a sobrevivir cuando, con cinco años, perdió a sus padres y todo cuanto conocía. Sus notables aptitudes las había adquirido por sí sola. Había desarrollado sus habilidades naturales durante los años que dedicó a estudiar a los animales, en particular a los carnívoros, a la vez que aprendía a cazar.

En el silencio, distinguió el murmullo leve de los leones, que le era tan familiar, captó su olor característico en la tenue brisa y advirtió que, en la cabecera del grupo, varias personas miraban al frente. Al fijarse, observó un movimiento. De repente, los felinos ocultos por la hierba se mostraron de forma más nítida. Vio al menos tres o cuatro leones cavernarios adultos y dos crías. Echó a caminar y se llevó una mano al lanzavenablos, prendido del cinturón mediante una lazada, y la otra al carcaj, colgado a la espalda, donde guardaba las lanzas.

—¿Adónde vas? —preguntó Jondalar.

Ayla se detuvo.

—Allí delante hay leones, un poco más allá de donde se desvía la senda —musitó.

Jondalar se volvió para mirar en esa dirección y, al advertir un movimiento, supuso que se trataba de los leones, ahora que sabía que estaban allí. También él echó mano a sus armas.

—Tú quédate aquí con Jonayla. Ya voy yo.

Ayla contempló por un momento a su niña dormida y luego lo miró a él.

—Manejas bien el lanzavenablos, Jondalar, pero hay al menos tres leones adultos y dos crías, puede que más. Si los leones piensan que las crías están en peligro y deciden atacar, necesitarás ayuda, alguien que te cubra la espalda, y sabes que, después de ti, soy la mejor.

Mirándola, Jondalar se detuvo a pensar y de nuevo arrugó la frente.

—De acuerdo, pero quédate detrás de mí. —De reojo, percibió un movimiento tras él y echó un vistazo—. ¿Y qué hacemos con los caballos?

—Saben que hay leones cerca —respondió Ayla—. Míralos.

Jondalar los observó. Los tres caballos, incluida la potranca, miraban hacia delante; no había duda de que eran conscientes de la proximidad de los enormes felinos. Jondalar frunció otra vez el entrecejo.

—¿Estarán bien? ¿Sobre todo la pequeña Gris?

—Saben que deben mantenerse alejados de esos leones, pero no veo a Lobo —dijo ella—. Voy a llamarlo con un silbido.

—No hace falta —contestó Jondalar, y señaló en otra dirección—. También él debe de haber notado algo. Ahí viene.

Al girarse, Ayla vio a un lobo que corría hacia ella. El cánido era un ejemplar magnífico, más grande que la mayoría de los animales de su especie, pero a causa de una herida en una pelea con otros lobos le había quedado una oreja algo maltrecha, que le confería cierto aire de golfo. La mujer le dirigió una señal que empleaba cuando cazaban juntos. El animal entendió que debía quedarse cerca y prestarle la máxima atención. La pareja y el lobo avanzaron hacia la cabecera del grupo entre la gente, procurando no provocar un revuelo innecesario y pasar lo más inadvertidos posible.

—Me alegro de que estéis aquí —dijo Joharran en voz baja cuando vio aparecer a su hermano y Ayla acompañados del lobo y con los lanzavenablos en la mano.

—¿Sabéis cuántos son? —preguntó Ayla.

—Más de los que creía —contestó Thefona, que intentaba aparentar calma y disimular su miedo—. Al verlos, he pensado que eran tres o cuatro, pero se mueven entre la hierba, y ahora me parece que quizá haya diez o más. Es una manada grande.

—Y se sienten muy seguros de sí mismos —añadió Joharran.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Thefona.

—No nos prestan atención.

Jondalar, que sabía que su compañera conocía bien a los grandes felinos, dijo:

—Ayla entiende de leones cavernarios. Quizá debamos pedirle opinión.

Joharran hizo un gesto de cabeza, formulando la pregunta sin hablar.

—Joharran tiene razón. Saben que estamos aquí. Y saben cuántos son ellos y cuántos somos nosotros —explicó Ayla. Luego añadió—: Puede que nos vean como una manada de caballos o de uros y piensen que podrán separar del grupo a algún miembro débil. Diría que son nuevos en esta zona.

—¿Qué te lleva a pensar eso? —preguntó Joharran. Siempre le sorprendían los grandes conocimientos de Ayla acerca de los cazadores cuadrúpedos, pero por alguna razón era también en momentos como ese cuando más advertía el acento peculiar de la mujer.

—No nos conocen, y por eso se sienten tan seguros —prosiguió Ayla—. Si fuera una manada autóctona, habituada a vivir cerca de los humanos, y hubiese padecido persecuciones o cacerías alguna vez, dudo que estuvieran tan tranquilos.

—Pues quizá debamos darles motivos de preocupación —sugirió Jondalar.

El jefe arrugó la frente, en un gesto muy parecido al de su hermano, más alto que él pese a ser el menor. Al verlo, Ayla sintió deseos de sonreír, pero esa expresión ceñuda solía aparecer en el rostro de Joharran en momentos en que sonreír no era lo más oportuno.

—Quizá sería más sensato eludirlos —afirmó el jefe de pelo oscuro.

—No lo creo —replicó Ayla, agachando la cabeza y bajando la vista. Aún le costaba llevar la contraria a un hombre en público, y más si tenía rango de jefe. Aunque sabía que ese comportamiento en una mujer era del todo aceptable entre los zelandonii (al fin y al cabo, algunos jefes eran mujeres, como, en su día, la madre de Joharran y Jondalar), jamás se habría tolerado en el clan, donde ella se había criado.

—¿Por qué no? —preguntó Joharran, a la vez que su expresión ceñuda se transformaba en una mueca de enfado.

—Esos leones han elegido un lugar de descanso demasiado cercano a la Tercera Caverna —explicó Ayla en voz baja—. Siempre habrá leones en los alrededores, pero si se sienten a gusto aquí, puede que lo consideren un sitio al que volver cuando quieran descansar, y que vean a cualquier persona que se acerque como posible presa, en especial a los niños y los ancianos. Podrían ser un peligro para quienes viven en la Roca de los Dos Ríos y las otras cavernas de las inmediaciones, incluida la Novena.

Joharran respiró hondo y a continuación miró a su hermano de cabello claro.

—Tu compañera tiene razón, y tú también, Jondalar. Quizá sea el momento de dejar claro a estos leones que no son bienvenidos tan cerca de nuestros hogares.

—Esta sería una buena ocasión para cazarlos a una distancia prudencial con los lanzavenablos. Varios cazadores han estado practicando —observó Jondalar. Era precisamente esa clase de situaciones en las que pensaba cuando, tiempo atrás, se planteaba volver a casa para enseñarles a todos el arma que había inventado—. Puede que ni siquiera tengamos que matar a ninguno; quizá baste con herir a un par para que aprendan a guardar las distancias.

—Jondalar —dijo Ayla en voz baja. Se armó de valor para discrepar, o al menos para señalar algo que él debía tener en cuenta. Volvió a bajar la vista y, al levantarla, lo miró abiertamente. No temía decirle lo que pensaba, pero quería mostrarse respetuosa—. Es verdad que un lanzavenablos es una buena arma. Se puede arrojar una lanza desde una distancia mucho mayor que con la mano, y gracias a eso es más segura, pero que sea más segura no quiere decir que lo sea por completo. Un animal herido es imprevisible. Y un animal con la fuerza y la velocidad de un león cavernario, enloquecido por el dolor, sería capaz de cualquier cosa. Si decides usar esta arma contra esos leones, no ha de ser para herirlos, sino para matarlos.

—Tiene razón, Jondalar —terció Joharran.

Jondalar miró a su hermano con el entrecejo fruncido, pero al cabo de un momento sonrió con timidez.

—Sí, es cierto; pero, por peligrosos que puedan ser, nunca me ha gustado matar a un león cavernario a menos que sea del todo necesario. Son unos animales hermosos y se mueven con agilidad y gracia. Los leones cavernarios no tienen miedo casi a nada. Su fuerza les da seguridad. —Miró a su compañera con un destello de orgullo y amor—. Siempre he pensado que el tótem del León Cavernario de Ayla es idóneo para ella. —Avergonzado por manifestar sus hondos sentimientos hacia ella, un ligero rubor le asomó a las mejillas—. Pero pienso que en esta ocasión los lanzavenablos podrían ser muy útiles.

Joharran advirtió que la mayoría de los viajeros se había acercado.

—¿Cuántos de nosotros saben usar el lanzavenablos? —preguntó a su hermano.

—Bueno, tú, Ayla y yo, claro —respondió Jondalar, mirando al grupo—. Rushemar ha practicado mucho y se le da cada vez mejor.

Solaban ha estado ocupado haciendo empuñaduras de marfil para algunas de nuestras herramientas y no le ha dedicado apenas tiempo, pero sabe lo básico.

—He probado el lanzavenablos unas cuantas veces, Joharran. No tengo uno propio, y no lo domino —intervino Thefona—, pero soy capaz de arrojar una lanza con el brazo.

—Gracias por recordármelo, Thefona —respondió él—. Casi todos saben manejar la lanza sin lanzavenablos, incluidas las mujeres. Eso no deberíamos olvidarlo. —Dirigió entonces sus comentarios al grupo entero—. Tenemos que dejar claro a los leones que este no es buen sitio para su manada. Quien quiera ir a por ellos, con o sin lanzavenablos, que se acerque.

Ayla empezó a desatar la manta con que acarreaba a su bebé.

—Folara, ¿cuidarás de Jonayla por mí? —preguntó, aproximándose a la hermana menor de Jondalar—. A no ser que prefieras quedarte y cazar leones.

—He salido de cacería alguna vez, pero nunca se me ha dado muy bien la lanza, y según parece, no se me da mucho mejor el lanzavenablos —contestó Folara—. Me ocuparé de Jonayla.

La niña se había despertado y cuando la joven tendió los brazos para acarrearla, la pequeña se inclinó con gusto hacia su tía.

—Yo la ayudo —dijo Proleva a Ayla. La compañera de Joharran también llevaba en una manta de porteo a una niña recién nacida, solo unos días mayor que Jonayla, y tenía otro hijo muy activo de unos seis años por quien velar—. Creo que deberíamos alejar de aquí a todos los niños, quizá hasta detrás del saliente de roca, o subirlos a la Tercera Caverna.

—Muy buena idea —convino Joharran—. Que los cazadores se queden aquí y el resto retroceda, pero despacio, sin movimientos bruscos. Queremos que esos leones cavernarios piensen que nos movemos en círculo, como una manada de uros. Cuando nos separemos, cada grupo debe permanecer unido. Podrían atacar a cualquiera que se quede solo.

Ayla se volvió de nuevo hacia los leones y observó que varios miraban hacia ellos, muy alertas. Los animales se desplazaban de un lado a otro, y empezó a distinguir ciertos rasgos diferenciadores, lo que le permitió contarlos. Vio a una gran hembra girarse con indiferencia; no, era un macho, cayó en la cuenta al reparar en sus genitales desde atrás. Había olvidado por un momento que allí los machos no tenían melena. Los leones cavernarios macho de las inmediaciones de su valle, al este, incluido uno que conocía muy

bien, tenían pelo, aunque no mucho, alrededor de la cabeza y el cuello. «Esta es una gran manada —pensó—. Hay más de dos manos de palabras por contar, posiblemente tres, incluidas las crías.»

Mientras observaba, el enorme macho avanzó por el campo unos cuantos pasos más y se perdió de vista entre la hierba. Era asombroso lo eficaces que eran aquellos tallos altos y delgados para ocultar a animales de ese tamaño.

Los huesos y los dientes de los leones cavernarios (felinos que vivían en cuevas, donde se han conservado sus huesos) tenían la misma forma que los de sus descendientes (los leones que en un futuro lejano vagarían por las lejanas tierras del continente situado al sur), pero eran de mayor tamaño, como uno y medio de estos, y a veces casi el doble de grandes. En invierno les crecía un pelaje espeso, tan claro que parecía blanco, un práctico medio de camuflaje en la nieve para unos depredadores que cazaban todo el año. El pelaje de verano, aunque también muy claro, tenía un matiz pardo rojizo, y algunos de los ejemplares de aquella manada estaban aún mudando el pelo, lo que les daba un aspecto raído y moteado.

Ayla observó al grupo compuesto sobre todo de mujeres y niños que se separaba de los cazadores y retrocedía hacia la pared rocosa, junto con unos cuantos hombres y mujeres jóvenes con las lanzas a punto, asignados por Joharran para protegerlos. Advirtió entonces que los caballos parecían especialmente nerviosos y pensó que debía de intentar calmarlos. Hizo una seña a Lobo para que la acompañara.

Le dio la impresión de que Whinney se alegraba de verlos a ella y a Lobo cuando se acercaron. La yegua no tenía miedo del gran cánido depredador. Lo había visto crecer desde que era una bolita de pelo revuelto y había ayudado a criarlo. Pero a Ayla le preocupaba una cuestión. Quería que los caballos se retiraran hasta más allá del recodo en la pared de piedra, junto con las mujeres y los niños. Podía dar muchas órdenes a Whinney con palabras y señales, pero no sabía bien cómo indicarle que acompañara a los otros en lugar de seguirla a ella.

Corredor relinchó cuando la mujer se aproximó; parecía más agitado que los demás. Tras saludar al corcel zaino con cariño, dio unas palmadas y rascó a la potranca gris; por último, abrazó el cuello robusto de la yegua de color pardo amarillento, que había sido su única amiga durante los primeros años de soledad después de abandonar el clan.

Whinney colocó la cabeza sobre el hombro de la joven en una postura habitual de apoyo mutuo. Ayla habló a la yegua con una mezcla

de signos del clan, de palabras y sonidos de animales que sabía imitar: el lenguaje especial que había creado para comunicarse con ella cuando era una potranca, antes de que Jondalar le enseñara a hablar su lengua. Ayla indicó a la yegua que se marchara con Folara y Proleva. Ya fuera porque el animal la comprendió o simplemente porque sabía que eso sería lo más seguro para su cría y para ella, retrocedió hacia la pared de roca junto con las otras madres cuando Ayla señaló en esa dirección.

Pero Corredor estaba tenso y nervioso, y se inquietó más aún cuando la yegua se alejó. Pese a ser ya adulto, el joven corcel estaba acostumbrado a seguir a su madre, sobre todo cuando Ayla y Jondalar cabalgaban juntos. Pero en esta ocasión no se marchó con ella de inmediato. Brincó, cabeceó y relinchó. El hombre lo oyó, miró hacia donde estaban el corcel y la mujer y se reunió con ellos. El joven caballo resopló cuando se acercó. Jondalar intuía que ese nerviosismo era la manifestación de que ya estaba desarrollando los instintos protectores de un macho adulto, con dos hembras en su pequeña «manada». Para tranquilizarlo, le habló, lo acarició y lo rascó en los lugares que más le gustaban; después le indicó que se marchara con Whinney y le dio una palmada en la grupa. Bastó para que el corcel trotara en la dirección debida.

Ayla y Jondalar regresaron junto a los cazadores. Joharran y sus dos consejeros, y amigos más íntimos, Solaban y Rushemar, estaban en el centro del grupo, que ahora era mucho más reducido.

—Hablábamos de cuál es la mejor manera de organizar la cacería —explicó Joharran cuando la pareja volvió—. No sé bien qué estrategia emplear. ¿Tratamos de rodearlos? ¿O es mejor dirigirlos hacia un sitio en particular? Yo sé cazar para conseguir carne: ciervos, bisontes, uros, incluso mamuts. He matado algún que otro león que se ha acercado al campamento, con la ayuda de otros cazadores, pero no acostumbro a cazar leones, y menos una manada entera.

—Como Ayla conoce a los leones —propuso Thefona—, preguntémosle.

Todos se volvieron hacia ella. La mayoría de ellos conocía la historia de la cría de león herida que Ayla había acogido y criado hasta la edad adulta. Cuando Jondalar les contó que el león la obedecía igual que el lobo, le creyeron.

—¿Tú qué opinas, Ayla? —preguntó Joharran.

—¿Veis cómo nos observan los leones? Nos miran igual que nosotros a ellos. Se consideran los cazadores. Es posible que les sorprenda verse convertidos en presas —comentó Ayla, y guardó

silencio por un momento—. Creo que debemos caminar hacia ellos en grupos, quizá gritando y hablando en voz alta, y ver si así retroceden, pero tened las lanzas a punto, por si acaso uno o varios se echan sobre nosotros antes de que decidamos darles caza.

—¿Acercarnos a ellos a cara descubierta? ¿Eso quieres decir? —preguntó ceñudo Rushemar.

—Puede que dé resultado —dijo Solaban—. Y si permanecemos juntos, podemos cuidar unos de otros.

—Parece un buen plan, Joharran —confirmó Jondalar.

—Supongo que es tan bueno como el que más, y me gusta la idea de permanecer juntos y cuidar unos de otros —respondió el jefe.

—Yo iré delante —se ofreció Jondalar, que ya sostenía en alto el lanzavenablos, armado y listo—. Con esto puedo arrojar una lanza en un abrir y cerrar de ojos.

—Seguro que sí, pero esperemos a acercarnos más para que todos podamos hacer blanco con facilidad —contestó Joharran.

—Claro —convino Jondalar—, y Ayla me cubrirá por si surge algún imprevisto.

—Me parece bien —respondió Joharran—. Todos necesitamos un compañero, alguien que le cubra la espalda a quien lance primero, por si falla el tiro y los leones atacan en lugar de huir. Cada pareja puede decidir quién lanzará primero, pero será menos confuso si todos esperan una señal antes de lanzar.

—¿Qué señal? —preguntó Rushemar.

Joharran guardó silencio por un momento y por fin dijo:

—Estad atentos a Jondalar. Esperad a que él lance. Esa puede ser nuestra señal.

—Yo seré tu compañero, Joharran —se ofreció Rushemar.

El jefe asintió.

—Yo necesito a alguien que me respalde —dijo Morizan, que era hijo de la compañera de Manvelar—. No sé si lo hago muy bien, pero he estado ejercitándome.

—Yo iré contigo. He estado practicando con el lanzavenablos.

Ayla se volvió al oír esa voz femenina y vio que era Galeya, la amiga pelirroja de Folara.

Jondalar se giró también. «Esa es una manera de acercarse al hijo de la compañera del jefe», pensó, y miró a Ayla, preguntándose si había captado la implicación.

—Yo iré con Thefona, si me acepta —propuso Solaban—, puesto que, como ella, usaré solo la lanza, sin lanzavenablos.

La joven le sonrió, alegrándose de formar pareja con un cazador más maduro y experimentado.

—Yo he estado practicando con el lanzavenablos —anunció un joven llamado Palidar.

—Podemos ser pareja —respondió su amigo Tivonan, el aprendiz de Willamar, maestro de comercio—, pero yo solo sé usar la lanza.

—La verdad es que yo tampoco me he ejercitado mucho con el lanzavenablos —admitió Palidar.

Ayla sonrió a los jóvenes. Tivonan, como aprendiz de comercio de Willamar, sería sin duda el siguiente maestro de comercio de la Novena Caverna. Su amigo Palidar había vuelto con Tivonan cuando este fue a visitar su caverna en una breve misión comercial, y también fue él quien encontró el lugar donde Lobo había librado una atroz pelea con otros lobos y llevó a Ayla hasta allí. Ella lo consideraba un buen amigo.

—No he hecho grandes progresos con el lanzavenablos, pero sé manejar la lanza.

La joven que acababa de hablar se llamaba Mejera. Era la acólita de la Zelandoni de la Tercera, y había participado en la ceremonia aquella primera vez que Ayla se adentró en la Profundidad de la Roca de la Fuente para buscar la fuerza vital del hermano menor de Jondalar cuando intentaban ayudar a su elán a encontrar el camino hacia el mundo de los espíritus.

—Todos han escogido ya pareja, así que supongo que quedamos nosotros. No solo no he practicado con el lanzavenablos, sino que apenas he visto cómo se usa —afirmó Jalodan, el primo de Morizan, hijo de la hermana de Manvelar, que estaba de visita en la Tercera Caverna y tenía previsto viajar con ellos a la Reunión de Verano para reunirse con su caverna.

Tan solo eran doce hombres y mujeres dispuestos a dar caza a un número semejante de leones, animales más rápidos, fuertes y feroces, que vivían de cazar a presas más débiles. Ciertas dudas empezaron a asaltar a Ayla, y un escalofrío de temor le recorrió el cuerpo. Se frotó los brazos y sintió el vello erizado. ¿Cómo se les ocurría a doce frágiles humanos atacar a una manada de leones? «Doce personas... y Lobo», pensó. Miró al carnívoro que estaba a su lado y le indicó que permaneciera junto a ella.

—Bien, vamos allá —dijo Joharran—, pero todos juntos.

Los doce cazadores de la Tercera y la Novena Caverna de los zelandonii se encaminaron, todos a una, hacia la manada de felinos

descomunales. Iban armados con lanzas provistas de afiladas puntas de sílex, hueso o marfil, que se había lijado hasta dejar bien aguzado el extremo. Algunos llevaban lanzavenablos capaces de arrojar una lanza a una distancia mucho mayor y con más fuerza y velocidad que arrojándola con la mano, pero ya antes habían matado leones simplemente con lanzas. Tal vez esa fuese la oportunidad de probar el arma de Jondalar, pero sin duda sería la ocasión en la que los cazadores pondrían a prueba su propio valor.

—¡Fuera! —vociferó Ayla cuando se pusieron en marcha—. ¡No os queremos aquí!

Otros imitaron la cantinela, profiriendo exclamaciones y gritos en dirección a los animales, según se iban aproximando, para que se marcharan.

En un primer momento, los felinos, jóvenes y viejos, se limitaron a observarlos. De pronto, algunos comenzaron a moverse: se adentraban en la hierba que tan bien los ocultaba y volvían a salir, como si no supieran qué hacer. Los que se retiraron con sus crías volvieron después sin ellas.

—Parece que no saben qué pensar —comentó Thefona desde el centro de la partida de caza, sintiéndose un poco más segura que al principio; pero, cuando de repente el enorme macho les gruñó, todos se sobresaltaron y pararon en seco.

—No es momento para detenerse —exhortó Joharran, y siguió adelante.

Reanudaron la marcha, al principio en una formación un poco más vacilante, pero volvieron a estrechar filas conforme avanzaban. Los leones se movieron, algunos volviéndoles la espalda y desapareciendo entre la hierba alta, pero el macho gruñó de nuevo y se mantuvo firme en su sitio, empezando a resonar dentro de él el inicio de un rugido. Otros grandes felinos se situaron detrás de él. Ayla percibía el olor del miedo entre los cazadores humanos, y tenía la certeza de que los leones también lo olfateaban. Ella misma sentía miedo, pero el temor era algo que las personas podían vencer.

—Creo que es mejor que nos preparemos —dijo Jondalar—. Ese macho no parece muy contento y tiene refuerzos.

—¿Puedes alcanzarlo desde aquí? —preguntó Ayla. Oyó la sucesión de sonidos que solían preceder al rugido de un león.

—Posiblemente —respondió Jondalar—, pero preferiría estar más cerca para no errar el tiro.

—Y yo no sé si acertaré a esta distancia. Tenemos que acercarnos —instó Joharran, y continuó su avance.

Los demás se apiñaron y lo siguieron, sin dejar de gritar; aun así, Ayla pensó que sus voces sonaban más vacilantes a medida que se aproximaban. Los leones cavernarios se quedaron inmóviles y le pareció que se ponían en tensión mientras observaban a esa extraña manada que no se comportaba como los animales de presa.

De pronto todo se aceleró.

El gran león macho rugió; un sonido ensordecedor y pasmoso, sobre todo por la cercanía. Echó a correr hacia ellos y, cuando se disponía a saltar, Jondalar arrojó su lanza.

Ayla había permanecido atenta a la hembra situada a la derecha de Jondalar. Poco más o menos en el momento en que él hacía su lanzamiento, la leona emprendió la carrera, dispuesta a atacar.

La mujer dio un paso atrás y apuntó. Casi sin darse cuenta, levantó el lanzavenablos ya armado y arrojó la lanza; era un acto tan natural que ni siquiera parecía un movimiento intencionado. Jondalar y ella habían utilizado el arma durante todo un año, en el viaje de camino a la caverna de los zelandonii, y había adquirido tal destreza que usarla era casi una acción espontánea.

La leona saltó, pero la lanza la alcanzó en pleno vuelo desde abajo, se alojó con firmeza en la garganta y le causó una herida mortal. La sangre manaba a borbotones de la leona desplomada en tierra.

Ayla se apresuró a sacar otra lanza del carcaj y la colocó de inmediato en el lanzavenablos, mirando alrededor para ver qué más ocurría. Vio volar la lanza de Joharran, y al cabo de un instante siguió otra. Advirtió que Rushemar, por su postura, acababa de tirar. Vio caer a otra leona enorme. Una segunda lanza hirió a la bestia antes de tocar el suelo. Otra hembra se acercaba. Ayla disparó, y vio que alguien más había lanzado poco antes que ella.

Sacó otra lanza y la colocó, asegurándose de que la encajaba bien: la punta, que iba acoplada a un trozo de asta cuya función era desprenderse del asta principal de la lanza, quedó afianzada, y el orificio del extremo opuesto del asta estaba bien ajustado al gancho en la base del lanzavenablos. Volvió a mirar alrededor. El enorme macho había caído, pero aún se movía; sangraba, pero no había muerto. Su hembra sangraba también, pero permanecía inmóvil.

Los leones desaparecieron entre la hierba tan deprisa como pudieron, y al menos uno de ellos dejó un rastro de sangre. Los cazadores humanos, reagrupándose, echaron una ojeada en torno y empezaron a sonreírse.

—Creo que lo hemos conseguido —dijo Palidar, y en su cara comenzó a dibujarse una amplia sonrisa.

Nada más pronunciar estas palabras, un gruñido amenazador de Lobo captó la atención de Ayla. El lobo se apartó rápidamente de los cazadores humanos, seguido de cerca por Ayla. El macho, que sangraba profusamente, se había levantado y avanzaba otra vez hacia ellos. Con un rugido, saltó hacia el grupo. La mujer casi palpó su cólera, y no podía reprochársela.

Justo cuando Lobo llegó ante el león y se dispuso a atacar, manteniéndose entre Ayla y el gran felino, ella arrojó la lanza con todas sus fuerzas. Vio otra disparada al mismo tiempo. Las dos dieron en el blanco casi de forma simultánea con un ruido sordo. Tanto el león como el lobo se desplomaron. Al ver que caían bañados en sangre, la mujer ahogó un grito; temió que Lobo estuviera herido.